

RESEÑA / REVIEW

Ian Bruton-Simmonds:

***Mend your English or What we should have
been taught at Primary School. 10th edition***

(London / Edimburgh: Ivy Publications, 2019. 150 páginas)

Félix Valentín Bugeño Miranda

Universidade Federal do Rio Grande do Sul
Brasil

felixv@uol.com.br

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6234-101X>

ONOMÁZEIN 53 (septiembre de 2021): 210-218

DOI: 10.7764/onomazein.53.11

ISSN: 0718-5758



Hasta cierto punto, el libro que se comenta en esta oportunidad va en la dirección opuesta a lo que ha sido la postura de la lingüística inglesa en relación con la orientación en el uso de la lengua. Curiosamente, esta postura ha comenzado a evolucionar en un ámbito francamente inesperado como lo es el de la lexicografía de aprendices. Por ello, lo que durante tanto tiempo se combatió vuelve a ganar bríos con una obra como la de Bruton-Simmonds (2019). No se engañe, sin embargo, el lector. El análisis que se leerá a continuación pretende demostrar la legitimidad de la corrección idiomática, pero al mismo tiempo examina críticamente expedientes que tanta fuerza le han restado a las tentativas de orientar a los hablantes en el uso de su lengua.

Bruton-Simmonds (2019) concibe su obra como una verdadera cruzada contra la ausencia de enseñanza de la lengua inglesa en las escuelas, enfatizando que “no es una obra de referencia, sino un guía para aquellos que deseen una orientación [sc. sobre el uso de la lengua] que no tuvieron en la escuela o que han olvidado” [not a reference book, but a pointer for those who want certain guidance they did not get at school or which they have forgotten] (i).

Formalmente, el libro está organizado en torno de doce temas que tratan desde los límites que tiene el lenguaje [The scope of language], pasando por tópicos referentes a ortografía puntual, vocabulario, advertencias sobre las tendencias actuales del inglés [Warning against a modern trend of English] hasta un tópico que no es otra cosa que una gramática concisa de la lengua inglesa. Es menester destacar el profundo espíritu didáctico que anima a su autor, y que se manifiesta en la disposición interna que cada uno de los temas abordados presenta. Cuando estos son de alguna extensión, se nota el celo por dotarlos de subtítulos que ayuden al lector a comprender el asunto puntual que se está tratando, como, por ejemplo, la propia introducción (3-4), en que Bruton-Simmonds (2019) destaca los ámbitos de la lengua que serán algunos de los *Leitmotive* de toda su exposición, como lo son el estilo, el vocabulario y la gramática. Cada uno de los ámbitos destacados se abre con algún ejemplo concreto de uso de la lengua inglesa. A lo anterior se suma un rasgo que poco se encuentra en otras obras de propósitos análogos. Al pie de cada página hay un espacio para notas que se reservan al vocabulario usado en la página correspondiente y que el autor juzga que su potencial lector pueda no necesariamente conocer.

A estos doce temas siguen dos apéndices cuya lectura es fundamental para entender la postura del autor frente a su propia lengua. El primero lleva el título de “Algunos ejemplos de diferencias entre el inglés británico y el americano” [A few examples of differences between British & American English] (125-126). El segundo apéndice, a su vez, se intitula “El problema: cómo detener el deterioro de la lengua inglesa” [The problem: How to stop the decline in English] (127-132).

El libro se cierra con una bibliografía de apoyo comentada y con una nota final de título extremadamente curioso: “No recomendado” [Not recommended] (138) y que merecerá un comentario aparte *infra*.

En lo que se refiere al análisis crítico de la exposición de Bruton-Simmonds (2019), es pertinente, sin embargo, no evaluar la exposición de forma progresiva a partir del primer tema, sino compenetrarse primero de los lineamientos generales de su visión sobre la corrección en el uso de la lengua inglesa. Para tanto, conviene comenzar por el apéndice II, que posee el provocante título de “El problema: cómo detener el deterioro de la lengua inglesa” [The problem: How to stop the decline in English] según se mencionó *supra*.

Es fácil inferir del título que el autor constata el ocaso de la lengua inglesa. Es más, afirma con absoluta convicción que el ocaso de la lengua inglesa, que equivale a decir el ocaso de la enseñanza de la lengua, conlleva también el deterioro de la educación general en el mundo de habla inglesa (127). La relación causa-efecto entre uno y otro fenómeno se fundamenta en que “la calidad de la lengua y [sc. la] calidad de la cultura están intrínsecamente unidas” [...] quality of language and quality of culture are inseparably joined together] (ibíd.). De igual manera, sostiene categóricamente que la reversión de esta situación está indisolublemente unida al reconocimiento de los serios defectos que aquejan a la educación nacional inglesa, situación que solo podría mejorar si hubiera una selección más rigurosa de los cuadros docentes de escuelas y universidades. Desde el punto de vista del análisis educacional, estas propuestas no dejan de ser interesantes y dignas de un análisis profundo. Desde el punto de vista estrictamente lingüístico, sin embargo, es más relevante para el presente análisis que Bruton-Simmonds (2019: 130) considere que la enfermedad de la lengua inglesa radica en el culto a la mediocridad.

Para comprender cabalmente lo que se entiende por mediocridad en este contexto hay que debruzarse sobre el contenido del tema IX (“Una advertencia sobre una tendencia moderna del inglés” [A warning against a modern trend of English] (81-92). Este tema es, en realidad, la conjunción de varios asuntos. En primer lugar, el autor sostiene que dos rasgos de eficiencia del lenguaje son la precisión [Accuracy] y la concisión [Brevity] (81-82). En su opinión, en los días de hoy la lengua es roma [blunted], no afilada; por consecuencia, no es ni precisa ni concisa. Esta constatación constituye la antítesis de lo que Bruton-Simmonds (2019: 84) considera los rasgos esenciales del inglés, como lo son el que, gramaticalmente, sea una lengua simple [Grammatically, English is simple] (ibíd.); se caracteriza, además, por poseer verbos pequeños [little verbs] y preposiciones que cumplen también la función de adverbios. En opinión del autor, la gramática y la combinatoria léxica [idiom] del inglés están establecidas mucho más por precedente y ejemplo que por formalidad y prescripción [more by precedent and example than by formality and injunction] (ibíd).

En relación al léxico propiamente tal, Bruton-Simmonds (2019: 84) afirma que su fondo patriomonal está constituido por elementos germánicos y latinos, que, en conjunto, se caracterizan por su simplicidad y riqueza (85). Según el autor, esta doble cualidad balanceada le confiere al inglés la condición de ser vigoroso, exacto y flexible (87). Al mismo tiempo advierte, sin embargo, que esta simplicidad y riqueza constituyen un peligro, ya que estas características

pueden hacer pensar que simplicidad equivale a simplismo y que riqueza equivale a usar un vocabulario rebuscado y pedante, así como frases prefabricadas (91-92). De esta forma, queda expuesta la doctrina de corrección en el uso de la lengua que articula cada uno de los temas.

Los temas I (“Los límites del lenguaje” [The scope of language]) y II (“Consejos y recomendaciones transitorias” [Interim Advice and Recommendations]) constituyen los lineamientos generales de sus ponderaciones sobre el uso deficiente del inglés. En el tópico I, por ejemplo, el autor afirma que “el fin último del lenguaje es la transferencia precisa de pensamiento de un espíritu a otro y su gran poder es su habilidad de hacer más preciso los pensamientos humanos a través de algunas de sus palabras y frases” [The chief end of language is *accurate* transfer of thought from one mind to another, and its greatest potency is its ability through some of its words and phrases to make a man’s thoughts more accurate] (cursiva en el original) (5). Esta reflexión casi filosófica formará parte del marco con el que juzgará fenómenos idiomáticos tales como la imprecisión con que se usan muchas palabras. En este mismo sentido y como ejemplo de lo anterior, el uso contemporáneo equivocado del verbo (*to claim*) por parte de periodistas, políticos y comentaristas constituye —según el autor— un ejemplo de cómo se ha casi asesinado [almost killed] una palabra de la lengua inglesa (6). En síntesis, Bruton-Simmonds (2019) denuncia aquello que la lexicología francesa denomina *abuso* [abuse], que no es otra cosa que un cambio lingüístico en el plano del contenido que se juzga impropio.

Por ello es que no sorprende que el tópico II (“Consejos y recomendaciones transitorias” [Interim Advice and Recommendations]) (8-9) no sea otra cosa que una lista de diccionarios, gramáticas y clásicos desde la Biblia a *Tom Sawyer*. Es insoslayable su creencia en la orientación del uso de la lengua basada en el criterio de autoridad de los diccionarios y en el criterio literario.

El tercer tópico (“Inglés débil” [Flabby English] (10-11)) está constituido por dos temas. El primero versa sobre el mal uso de *while* y de las expresiones *although* y *whereas*, que podrían substituirlo. El estudiante de inglés podrá sacarle mucho provecho a esta nota de vocabulario, ya que los usos están dispuestos en función de ejemplos correctos e incorrectos de muy fácil comprensión. Todavía más interesante es una nota de estilo en que se aborda un fenómeno que hoy mueve a la lingüística inglesa y que es el abuso de expresiones vacías [silly expressions]. El autor acota que estas expresiones, cuando se usan por primera vez, se caracterizan por un frescor que les concede cierta vitalidad, pero su repetición las torna marchitas [stale] y su prolijidad resulta así absurda. Algunas de estas son *economically viable*, *expertise*, *oral cavity*, *under-cover*, etc. Este fenómeno corresponde a lo que la lexicología francesa denomina *lengua chatarra* [langue de bois] (cf. Tournier y Tournier, 2017, s. v.).

En íntima relación con lo expuesto en el tópico III, Bruton-Simmonds (2019) dedica integralmente el tópico IX, y que denomina “Las ruinas de una alta precisión” [Ruins of high precision] (51-59), al cambio de significado, fenómeno que en su opinión es nefasto. En sus palabras, “el inglés posee algunas palabras de alta precisión que son portadoras exclusivas de su signifi-

cado particular; la pérdida de la función especial de dichas palabras debilita indudablemente el lenguaje, no habiendo un sustituto [sc. léxico] igualmente preciso para reemplazarlas” [English has some high-precision words that are sole carriers of their particular meaning, and the loss of such a word’s special function must weaken the language, its vocabulary not having an equally well-defined replacement for it] (51). La lista de casos es extensa y está constituida por palabras de origen latino (como *meticulous* y *massive*), anglosajón (*lady*) y griego (como *strategy* y *philosophy*). Para fines de evaluación hay dos observaciones que hacer. Por un lado, los comentarios a todo el conjunto léxico presentado en este tópico dejan claramente en evidencia que su conservadurismo asume que el cambio lingüístico es un hecho que atenta contra la corrección idiomática, de modo que no le cabe otra postura al autor que querer perpetuar en las palabras única y exclusivamente su significado originario y aquel ya históricamente consagrado. Por otro lado, y particularmente pensando en el estudiante de inglés de lengua española, las observaciones y los ejemplos de uso ofrecidos para palabras como *massive* y *experience* son extremadamente interesantes, ya que avisan sobre padrones léxicos de combinación, tales como “The United States has a *massive* deficit” (54) o “The roads of the Transvaal *experienced* heavy traffic” (55) (cursiva en el original).

Esta misma línea sigue el tema X (“Lo que hay que distinguir y lo que hay que evitar en el buen uso de la lengua” [Distinctions and avoidances of the educated]) (60-80). Como ningún otro del libro, este trata exhaustivamente una ingente cantidad de fenómenos léxicos, tales como *aim at / aim to / aim for*, *beside/besides*, *both/either/each*, *can/may*, *compare to / compare with*, *like/as*, *shall/will*, *should/would*, los pronombres indefinidos *someone*, *somebody*, *nobody*, *everybody*, *everything*, *anything*, *anyone*, *each*, *every*, *who/whom*.

En relación al caso de *aim at / aim to / aim for*, Bruton-Simmonds (2019: 60) es apodíctico en su postura prescriptiva al señalar que “un [sc. buen] oído para las combinaciones léxicas del inglés, o dos segundos de sentido común dejarían claro que *at* es mejor que *for* o *to*” [An ear for British idiom, or two seconds of commonsense will tell that *at* is better than *for* or *to*]. Esa es, casualidad o no, la orientación que COD (1995, s. v. *aim*) ofrece: “**aim** [...] (follow by *at* + verbal noun, or *to* + infin.)”. Sin embargo, en el uso contemporáneo del inglés el uso de *at* parece claramente estar en retroceso. En consulta al British National Corpus los resultados fueron los siguientes: *aim at* (174 ocurrencias), *aim for* (254 ocurrencias) y *aim to* (984 ocurrencias). Los números son más que expresivos. En lo que respecta a diccionarios de aprendices de inglés, el CaLD (2001, s. v. *aim*), no obstante que lematiza las formas *aim for/at* así como *aim to do sth.*, ofrece únicamente ejemplos de uso de *aim to* y *aim for*. Por su parte, el OALD (2020, s. v.) ofrece las tres variantes, pero dispone primero las formas *aim for* y *aim to* relegando *aim at* como última combinación léxica. Tanto el corpus como los dos diccionarios de aprendices consultados presentan el uso contemporáneo del verbo *aim* seguido de las preposiciones *for* y *to*. COD (1995), por el contrario, se guía por un criterio historicista, que es la perspectiva que Bruton-Simmonds (2019) adopta para juzgar los hechos idiomáticos. No es por acaso que en el tema II (“Consejos y recomendaciones transitorias” [Interim Advice and Recommendations])

haya una lista de diccionarios de la editorial Oxford que están compilados siguiendo este mismo criterio. A lo que todo indica, se está en presencia de un hecho de cambio lingüístico consumado, frente al que el autor insiste en juzgar según el criterio historicista y a la luz de su percepción de que el cambio es censurable.

En otros casos, como los que se tratarán *infra*, su inclusión obedece a que se trata de *confusable words* (cf. Hartmann y James, 2001, s. v.), hiperónimo del inglés que engloba las categorías de los falsos amigos, los parónimos y los homónimos. La exposición de estos fenómenos léxicos es rica y didáctica. En el caso de *both/either/each*, por ejemplo, las diferencias de significado aparecen acompañadas de dibujos para que se comprendan apropiadamente. En otros casos, como en *can/may, compare to / compare with, datum/data, less/fewer, student/pupil*, el autor ofrece ejemplos del uso correcto y del uso incorrecto.

En el ámbito de la puntuación, el tema VI (“Puntuación” [Punctuation]) (17-38) está dedicado exclusivamente a este aspecto de la ortografía. Junto a una exposición sobre los signos más usuales, esto es, la coma, el punto y coma, los dos puntos y el punto y seguido, hay también una exposición relativa a signos como la exclamación, el signo de interrogación, los paréntesis, etc. Se explican también signos menos usuales en el inglés y que tienen que ver mucho más con pronunciación, tales como la diéresis, el acento agudo, el grave y el circunflejo. Al igual que en el caso del vocabulario, la exposición va acompañada de ejemplos y del empleo correcto e incorrecto de los mismos.

Al adentrarse todavía más en la concepción de Bruton-Simmonds (2019) sobre lo que es orientación en el uso de la lengua, cabe detenerse en dos temas que aparentemente desentonan un poco en relación con la sucesión de asuntos tratados en el libro. El primero es el tema IV (“Brevedad” [Brevity]) (14), compuesto por dos pequeños párrafos y cuyo *Leitmotiv* el autor expone de la siguiente manera: “El genio del inglés en relación con cualquier otra lengua obedece a su rigurosa brevedad” [The genius of English as of every other language, is towards accurate brevity] (ibíd.). El otro tema es el tema V (“Cómo leer un clásico” [How to read a classic]) (15-16), que trata de la sonoridad que todo clásico —en su opinión— debe tener: “un clásico debe *sonar*” [a classic must be *sounded*] (cursiva en el original) (15).

Lo que subyace a estos dos temas es su concepción de que la obra de arte literaria que alcanza la envergadura de un clásico constituye el modelo de uso de la lengua que es fundamental tener en consideración en la propia actividad con y por la lengua. La actividad con la lengua significa preservarla de su empobrecimiento y la actividad por la lengua implica que su uso apropiado revela el pensamiento aguzado.

Para entender el real alcance y las limitaciones del pensamiento lingüístico de Bruton-Simmonds (2019) es fundamental tener en cuenta otros factores además de los mencionados *supra*. En primer lugar, la orientación en el uso de la lengua solo cobra sentido y es eficaz si el hablante se ve reflejado en sus usos. Ese es justamente el “pecado” del autor cuando insiste en que la

forma más legítima es *aim at*, mientras que la evidencia empírica en el inglés contemporáneo indica claramente que la comunidad prefiere el padrón *aim for* o *aim to*. Es indudable que el hablante no se ve reflejado en el primer uso y sin la ponderación de la diacronía, que no está obligado a tener, siente la extrañeza y el poder de un juicio apodíctico cuya razón última muy probablemente no acierta a comprender. De allí a la prescripción *ex nihilo*, o sea, a aquella prescripción que escapa a cualquier argumento, no hay más que un pequeño y fluido paso.

Es justamente esta actitud la que ha llevado al relativismo del uso, al *laissez-faire*, tan cómodo y útil en tiempos de un prurito exacerbado que en nombre de la corrección política inhibe cualquier reprensión frente al *mauvais usage*. Ese es el ocaso al que se refiere el autor en su libro.

En segundo lugar, y de forma paralela —es necesario y legítimo reconocerlo— la evidencia empírica de la lingüística de corpus, y particularmente la inglesa, le ha demostrado al estudioso del lenguaje cómo es que los hablantes usan realmente su lengua. No obstante, es perceptible que los adeptos de esta lingüística no distinguen bien entre la norma real, la evidencia que los datos del corpus ofrece, y la norma ideal que toda comunidad tiene el legítimo derecho a tener. Mugglestone (2011) es un ejemplo claro en este sentido, refutando toda validez de corrección basada en lo que los diccionarios del inglés presentan (que para fines de comparación podrían ser ejemplificados por COD (1995), empleado para cotejo en esta reseña). Así, Mugglestone (2011) y Bruton-Simmonds (2019) representan los extremos opuestos de la misma cuestión, que no es otra que cómo debemos hablar.

En tercer lugar, es indudable que el marco de referencia Bruton-Simmonds (2019) para la orientación en el uso de la lengua está dado por la literatura y el diccionario. La *auctoritas* corresponde, por un lado, a los clásicos, a aquellos que llevan su lengua a la máxima tensión. Por el otro, el diccionario, en su condición de Registro Civil que se preocupa con la filiación de las palabras en una genealogía extensa y exhaustiva —entienda el lector que nos estamos refiriendo al OED (1857-1989) y sus vástagos—, le ofrece la seguridad de los orígenes y los vaivenes de las palabras sólidamente documentados y que, aparentemente, desmienten y anulan la novedad neológica.

No deja de ser paradójal, no obstante, que al seno de una tradición que no traba esta batalla, como es la alemana, haya emergido un raciocinio simple que legitima el esfuerzo de la corrección idiomática. En Kunkel-Razum y otros (2018), y en relación específica al dominio de la ortografía, se afirma que “La ortografía juega mucho más un papel [...] justamente en aquellos que no consiguen [sc. escribir correctamente]” [Die Rechtschreibung spielt eben [...] eine Rolle [...] eher bei denen, die es nicht schaffen [sc. richtig zu schreiben]] (42). De forma todavía más clara se concluye que “quien escribe mal está marginado” [Wer falsch schreibt, ist unten durch] (43).

De esta forma, no hay cómo restarle mérito a la cruzada casi quijotesca de Bruton-Simmonds (2019). Su causa la lleva de forma limpia, abierta, didáctica, sin esconderle nada al lector. Esa

actitud merece reconocimiento, no solo por su hidalguía en tiempos de relativismos, sino también por su deseo genuino de ayudar. Cuando el autor subraya la relación entre lenguaje exacto y pensamiento, esta relación hace resonar la idea de Kurt Tucholsky del “lenguaje como arma” [Sprache als Waffe], que le permite al hombre enseñorearse en el mundo. Hablar bien no nos subyuga; al contrario, nos liberta. Es en este sentido también en que hay que entender dos de las premisas básicas que —en su opinión— caracterizan al inglés: precisión y brevedad. El diagnóstico del autor ha sido certero.

A la hora de la síntesis parece apropiado comentar una adenda del libro, el último texto antes del glosario y el índice remisivo, y que lleva el sugerente título de “No recomendado” [Not recommended] (138). Más una vez, sin parapetos ni eufemismos, Bruton-Simmonds (2019) menciona y comenta críticamente dos obras que han marcado su tiempo. En primer lugar, el *Longman Dictionary of Contemporary English* (1978), al que acusa de ser “innecesariamente complicado y lleno de definiciones incompletas” [needlessly complicate and shot through with incomplete definitions]. La primera crítica obedece efectivamente a que el sistema de claves empleado para describir los padrones sintácticos del inglés era exhaustivo, pero excesivamente complejo para el usuario. En relación a las definiciones incompletas, el ejemplo ofrecido (*jettison*) no permite extraer alguna conclusión en relación con el juicio emitido.

La segunda obra criticada es *A grammar of contemporary English* (1972) de Quirk, Greenbaum, Leech y Svartvik. Bruton-Simmonds (2019) no deja de reconocer que se trata de la gramática más completa de la lengua. Su crítica se dirige más bien al hecho de que está más allá del alcance de un estudiante que quiera resolver sus dudas en relación a su lengua materna. En eso no hay cómo no concordar con el autor, aunque es necesario reconocer también que el público al que se destinan obras de esa categoría no es precisamente el público lego que quiere resolver una duda. Se trata de textos para el especialista.

En fin, sumando los aciertos y desaciertos de Bruton-Simmonds (2019) no hay cómo negar que se está delante de un libro altamente recomendado no solo para el estudiante de inglés por la cantidad de informaciones extremadamente útiles que contiene, sino también para el estudioso de la lengua inglesa cuando se trata de comprender si habrá algo más allá de esa lingüística empírica, probabilística y combinatoria. Sí, la hay. Al final de cuentas y como lo decía el grande de Don Ramón Menéndez Pidal, no somos los dueños de la lengua, sino sus servidores. Bruton-Simmonds (2019) es su ciervo fiel y leal, cuyo objetivo no es otro que el que sus hablantes se sirvan apropiadamente de ella.

Referencias bibliográficas

BNC: *British National Corpus* [disponible en <https://www.english-corpora.org/bnc/>].

CaLD: *Cambridge Learner's Dictionary*, 2001, Cambridge: CUP.

COD: *The Concise Oxford Dictionary*, 1995, Oxford: PUP.

HARTMANN, R. R. K., y Gregory JAMES, 2001: *Dictionary of lexicography*, London: Routledge.

KUNKEL-RAZUM, Kathrin, y otros, 2018: *Warum es nicht egal ist, wie wir schreiben*, Berlin: Bibliographisches Institut.

MUGGLESTONE, Lynda, 2011: *Dictionaries. A very short introduction*, Oxford: OUP.

OALD: *Oxford Advanced Learner's Dictionary*, 2020 [disponible en https://www.oxfordlearnersdictionaries.com/us/definition/english/aim_1?q=aim].

OED: *The Oxford English Dictionary*, 1857-1989, Oxford: OUP.

TOURNIER, Nicole, y Jean TOURNIER, 2017: *Dictionnaire de lexicologie français*, Paris: Ellipses.